

ARQUEOLOGÍA

CONFERENCIAS DE ETNOGRAFÍA

I

Establecido por una especie de consenso general que el *homo sapiens* no se evolucionó en América, sino que fué el producto de tal ó cual *modus operandi* en lejano continente, podemos dejar de lado toda cuestión de su procedencia específica y limitarnos más ó menos al hombre americano tal como él se presenta á los descubridores Colombinos de nuestro hemisferio, es decir, más ó menos culto, más ó menos bárbaro; en aquel caso tenemos al hombre en su edad de bronce, á veces recién en su cuna y con muchas supervivencias de la edad de piedra, palo y hueso; en este todo lo dicho, menos lo que corresponde á la época de bronce y demás metales. Una salvedad debemos establecer, y es, que no se han probado que haya sincronismo entre estas clasificaciones de la cultura prehistórica, en el Nuevo y en Viejo Mundo.

Por desgracia los avances de la edad de hierro habían hecho desaparecer en Europa las unidades étnicas que representaban las otras anteriores al metal; y si aun existían restos de tales indígenas, se hallaban estos ya desnaturalizados mediante el contacto con naciones de superior cultura. Como era de esperar, lo primero que debió desaparecer serían las lenguas, y así nos falta este importantísimo elemento para la comparación de los diferentes grupos étnicos correspondientes á la edad de piedra y primera del metal, más como la mayor cultura en el Viejo Mundo ha marchado de Oriente á Occidente presentándose nos sus manifestaciones principales en las costas y orillas de mares y ríos, es decir, en seguimiento de las vías marítimas, es en el Oriente que de-

bemos buscar la cuna de origen de esta misma superior cultura. Ahora pues, desde que las exploraciones y deslumbrantes descubrimientos arqueológicos del siglo XIX, nos han revelado una maravillosa civilización de las edades del bronce y del hierro hacia la parte del Oriente en general, que se sobrepuso á una edad de la piedra y la arrinconó hacia el Occidente hasta estrecharla en las últimas riberas del mar Océano Atlántico, lícito nos es establecer que hacia este Occidente debemos buscarla, sino en su cuna, por lo menos en su postrer región migratoria euro-africana, y digo: *sino en su cuna*, por que posible es que esa conquista de la mejor arma (único árbitro en resumidas cuentas de la suerte de los pueblos) con su variación de arrinconamientos sucesivos, ha sido obra de siglos y milenios.

Hablando en términos del Viejo Mundo, cuanto nos da que pensar y que estudiar esa civilización de la época pre-cristiana, por no decir anti-diluviana, que se nos aparece naciendo y caminando como el sol de Oriente á Occidente, arrollando la oscuridad y las tinieblas de la edad de piedra, hasta llegar al mar atlántico, que la separaba de ese Mundo Nuevo, que descubierto por Colón adquirió más tarde el famoso nombre de América.

El sol siguió su marcha en el océano, pero ¿qué fué de la edad de piedra? El Atlántico le sirvió de muro insalvable ó de sepulcro sempiterno? El siglo ó los siglos lo dirán.

La América para sus descubridores, Colón y sus compañeros ó sucesores, era un mundo nuevo; arqueológica y antropológicamente hablando, era un mundo antiquísimo, nada menos que sus gentes se hallaban en un estado de cultura correspondiente á la inmediatamente posterior á la edad de la piedra, es decir, en los albores de la del bronce. Las naciones del bronce que empezaban á enseñorearse sobre las de la piedra, del palo y del hueso, se someten á la lógica ferrea de la del hierro, y la América de un salto pasa á formar parte de la cultura del Renacimiento, cuando apenas había abierto los ojos para conocer que el bronce es siempre mejor que la piedra, para matar con éxito á los semejantes, y á los que no lo son. En una palabra: al adulto niño in-

dígena de América se le obligaba á digerir los alimentos físicos y psíquicos de generaciones vacunadas en todo lo bueno y lo malo de largos milenios y acostumbrados á vivir y vencer con el bronce, el hierro y la pólvora. ¡Qué extraño pues que la raza Americana se haya empachado, y que silenciosamente vaya desapareciendo la sencilla y primitiva edad de la piedra ante la invasión de la absorbente y exterminadora edad del hierro, del azufre, del salitre y carbón: todas materias correspondientes á la cultura de Oriente.

Nadie pretende que los límites actuales de los continentes euro-africanos se hayan conservado tales y como hoy los vemos; y aventurado sería predecir qué misterios no encierran las profundidades del mar Atlántico; pero una cosa está de manifiesto: que la falta de cultura primitiva en el occidente del hemisferio oriental reaparece en el oriente del hemisferio occidental.

Se ha querido explicar la mayor cultura del Mundo Viejo por el hecho de que se desarrolló en las costas marítimas y riberas fluviales del centro de su evolución.

Si esto fuera así, y esta la única y principal causa, igual desenvolvimiento de cultura debió haberse notado en las regiones del Mundo Nuevo que abunda en ríos navegables, en puertos aptos para servir de centros comerciales de dilatadas y riquísimas provincias.

¿Más, qué es lo que había sucedido? La mayor cultura de nuestro hemisferio, se hallaba al Oeste y no al Este, en los páramos, nevados y altiplanicies áridas y cercanas de las cordilleras, sin puertos ni ríos de importancia, en una palabra, en regiones, en que el hombre no sólo había tenido que vencer la naturaleza, sino también á esos otros hombres que vivían de lo que aquella espontáneamente les brindaba á manos llenas, en la más favorecida y peor aprovechada zona oriental,

Es oportuno aquí hacer una salvedad para que no se crea que pasamos por alto la civilización de México, de Centro América, y de otras regiones que de ellas derivaron la suya: esta civilización corresponde al Pacífico, como la fauna y la flora del Golfo de México también le pertenecen.

Las perturbaciones sísmicas frecuentes y violentas

en toda esa zona han modificado fundamentalmente la distribución de tierra y agua por aquellos mares, mientras que sus faldas, valles y campiñas han descendido á formar el fondo del océano Atlántico y sus ramificaciones. Vemos pues, que á juzgar por las arqueologías respectivas y por lo que se desprende de la etnografía americana, en la época pre-histórica, el Océano Atlántico era un centro orlado por gente que respondían á esa cultura á que damos el nombre de la edad de piedra, cuyos representantes en el Viejo Mundo han sido incorporados ó distribuidos por las culturas sucesivas, mientras que en el Nuevo los encontramos recién en los albores de la edad del bronce. Por estas razones podemos asegurar que hay pruebas suficientes, de que el hombre de la edad de piedra entró á la América por el lado del Atlántico, sin perjuicio de que haya sido vencedor y vencido una y mil veces en el transcurso de los siglos dando así lugar á esa gran variedad somática que se nota en sus rasgos físicos. Si se hubieran conservado las lenguas de las gentes de la edad de piedra en el Viejo Continente, la prueba hubiera sido palmaria, pero basta la que tenemos para decir que la barbárie era el tipo de la cultura atlántica, y que así como la edad del bronce y sus varias evoluciones penetraron en el continente euro-africano del lado de Oriente, así en el nuestro la inmigración fué de Occidente, bajando por ríos desde esas alturas casi inaccesibles, cuyos moradores se hallaban en plena edad de bronce.

En América sucedió una cosa muy curiosa: -- mientras que en el hemisferio Oriental los conquistadores de las edades cultas de los metales se detuvieron ante los rigores de la zona tórrida, de suerte que las invasiones y migraciones siempre los respetaron, en el hemisferio nuestro otro fué el curso de los movimientos étnicos: el espinazo de nuestro continente, á que damos el nombre de Cordillera de los Andes, Montes Rocallosos, etc., - ha producido tales modificaciones climatológicas, que en la región andina puede el hombre vivir en la misma ecuatorial y gozar de una primavera perpétua, como por ejemplo en Quito. Puede decirse que en los Andes se carece de la zona tórrida, todo es tem-

plado y casi todo lo templado estaba ocupado por gentes que respondían á la cultura del metal, excepción hecha del hierro. Las extremidades septentrionales y boreales, como casi toda la zona oriental estaba ocupada por gente de inferior cultura que pueden clasificarse en su cultura como de la edad de la piedra.

En el hemisferio oriental la faja ó zona de mayor cultura se extiende desde la China hasta el estrecho de Gibraltar, siendo sus límites generales, por el Sud el desierto de Sahara y Mar Indico y por el Norte los términos de los imperios Romano, Persa y Chino, con mayor ó menor extensión en los varios milenios, y posibilidad de encerrar continentes hoy sumergidos en los fondos de los Mares Indico y Pacífico.

La mayor cultura mundial á lo que consta, se nos aparece evolucionando en este medio, y justo es colocar allí su primer colonia y acaso su cuna.

De ese centro ó centros la cultura euro-asiático-africana se nos presenta marchando siempre hacia Occidente, porque el Pacífico no le permitía otra cosa; pero esto si se impone, que en Oriente encontramos la mayor cultura no sólo histórica sino también prehistórica, si damos este nombre á las revelaciones de la Arqueología moderna.

Ya se ha visto que en América, ni los hermosos puertos ni los magestuosos ríos navegables, ni los riquísimos campos del Norte y del Sud, con las fecundas riquezas de su incomparable suelo, alcanzaron para crear y desarrollar esa cultura, que se nos presenta en todas las épocas en Oriente, no es pues la inmediación á ríos y mares causa suficiente de una mayor cultura, siempre que ella no se introduzca de otra parte.

Introducido el primer germen la evolución procede, pero lo ocurrido en América nos induce á creer que, por sus mares y por sus ríos entró el primer conocimiento de esa cultura posterior y superior á la de la piedra, en el Viejo Mundo.

Un hecho geográfico, étnico, por no decir geográfico-antropológico, es incontrastable, y es así como el Atlántico separa la barbarie de la edad de la piedra, en los dos hemisferios; así el Pacífico se interpone entre la

mayor cultura que alcanzaron los mismos en las épocas remotas.

Si las Antillas, y tantas otras islas y archipiélagos del Atlántico, pueden ser y son otros tantos testimonios de zonas sumergidas, ¿qué diremos de los innumerables archipiélagos, islas é islotes del Pacífico y Mar Indico? La única respuesta que cabe es que todo ello apunta en dirección á un continente sumergido que sirvió de cuna ó de puente á las culturas de Oriente y Occidente, ó, que en términos del Pacífico se diría de Occidente á Oriente.

Por estas razones yo declaro que los primeros gérmenes de la cultura de la edad de bronce, entraron á la América del lado de Occidente; y que desde entónces se inició la lucha del Occidente más culto con el Oriente más bárbaro, en América se entiende; porque en el Mundo Viejo la cultura se colocó en el medio y sus enemigos la combatían por el Norte y por el Sud, resultando muchas veces que el bárbaro vencedor fué conquistado pacíficamente por la cultura vencida, de donde han procedido los pueblos hoy más civilizados del mundo.

En América todo era á la inversa de lo que sucedía en el Viejo Mundo: en éste la civilización se había desarrollado en la costa del mar y ríos que desaguan en él, mientras que la barbarie huía á los bosques y serranías ó á las islas inaccesibles; en aquella era la civilización que se refugiaba en las escabrocidades de las montañas y en los bosques impenetrables, dejando los grandes ríos y vastísimas praderas y selvas en poder del salvajismo. La cuestión entónces sería si la América recibió ó comunicó su cultura, y en seguida vendrá esta otra: en el 1er caso de quién; y en el 2do á quién.

Brinton y los autores más modernos como Keane opinan que no ha habido contacto pre-colombino entre la raza americana y las demás después de la edad de la piedra pulida, porque de no ser así tendríamos en nuestro continente muchos de los inventos del otro hemisferio que se remontan á épocas muy remotas, como por ejemplo, las embarcaciones de vela, las lámparas para el alumbrado artificial, etc.; pero este argumento

se funda en que no pudo haberse conocido el bronce y algunos otros metales mucho antes de inventarse el buque de vela, las lámparas, etc.

Basta que, la mayor cultura de América se halle frente à frente con la mayor cultura del Asia, y sus islas, y que la barbarie de un hemisferio se avecinde con la del otro, océano por medio, para que juzguemos à priori, que tanto la cultura como lo falta de ella; proceden de algún centro común hoy desaparecido.

Las desgracias nacionales que traen por resultado los arrinconamientos producen al propio tiempo la pérdida de conocimientos ya adquiridos, como por ejemplo el arte de navegar con buques de vela en lugares desprovistos de agua, etc.

En los mismos países adelantados no todos los siglos han sido de progreso: muchos de los descubrimientos de los tiempos modernos ya se conocían en los milenios pasados, como se dice, de la aguja de marcar ó brújula, etc.

Un hecho nos sale al encuentro que en América había dos grandes ocupaciones étnicas, ni más ni menos que en el Viejo Mundo, si bien invertidos sus elementos puesto que à lo que se puede deducir de las escasas noticias de historia pre-colombina que han sobrevivido al desastre de la conquista, la parte más culta recién se estaba rehaciendo de su aniquilamiento y tratando de extralimitarse de las breñas en que se había parapetado.

Los estudios antropológicos y etnográficos confirman esta dualidad en los elementos étnicos que poblaron las Américas: tenemos gentes braquicéfalas, y dolicocefalas, pigmeos y gigantes; (hoy ya muy degenerados); estirpes de casi blancos los unos y casi negros los otros, con las variantes intermedias consiguientes à tantos mestizajes.

Dados el larguísimo lapso de tiempo postulado por los que tratan estas materias y el distanciamiento que produce la simple evolución de las manifestaciones materiales del pensamiento humano, estén ó no en contacto, es muy difícil poder establecer el grado de importancia que tienen las diferencias observadas en cualquier tiempo dado. No es posible confundir el arte

egipcio con el babilónico, no obstante que fueron contemporáneos y colindantes y si se quiere con gran facilidad de interpenetrarse.

Por otra parte, para comparar los restos arqueológicos de uno y otro hemisferio, nos faltan mil eslabones sin los cuales nos parecen insalvables las lagunas que atajan el paso á nuestras investigaciones.

De los varios autores que se pueden recomendar á los estudiantes, uno de los más útiles es A. M. Keane, porque es moderno y nos da un resumen lo más importante de lo que se ha publicado en estos últimos años acerca del hombre, de lo que ha sido y de lo que es, como podría traducirse el título de su obra.

Man Past and Present publicada en 1899 por la imprenta universitaria de Cambridge.

Como era de esperar, empieza por discutir la cuna ó punto de partida de los progenitores de la raza americana. Afirma que queda establecido el hecho de que la América desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, estaba ya ocupada por el hombre en los tiempos cuaternarios ó pleistocenos, es decir en la primera época, época de la edad de piedra, como se comprueba con los restos óseos y obras de sus manos.

Este hombre cuaternario de la América, se parecía á los duros hombres cuaternarios del resto del orbe, es decir, que unos y otros eran de un tipo generalizado y uniforme. Este precursor generalizado, procedía de un origen monogenista que él acepta; se coloca en una sola zona zoológica la llamada Indo-Malasia y la deriva de un solo antecesor pleioceno de donde se esparció por todo el globo terráqueo. De este posible progenitor dice que: «tal vez» pudo ser el *Pithecanthropus Erectus*.

Sea de esto último lo que fuere, concluye el párrafo deduciendo que los aborígenes americanos no son indígenas ó autóctonos en toda la extensión de la palabra, sino que entraron del hemisferio Oriental al Occidental en su estado primitivo, antes de haberse desarrollado la especialización de su cultura.

Aquí Keane generaliza las inmigraciones étnicas del viejo al nuevo continente (que tan pudiera entrar por el Atlántico como por el Pacífico).

Si la Indo-Malasia fué la cuna del hombre más ó menos *sapiens* á priori la entrada por el Pacífico era la más natural, siempre que los misterios de la Geografía física no nos presentasen razón en contra, pero los lapsos de tiempo contados, como los cuentan, por cientos de miles de años y que han bastado para establecer esos tipos étnicos que distinguimos con los nombres de *Caucásico, Mongólico, Etiópico y Americano*, son sobradamente suficientes para haberse proporcionado en ellos todos los puntos necesarios por donde pasasen esas migraciones de un hemisferio al otro; una y cuantas veces hayan sido necesarias para la introducción de la especie humana en las Américas.

Conociendo como conozco las condiciones psíquicas de la población más atrasada de nuestro continente, de las que Keane y demás antropólogos y etnólogos ó etnógrafos, hacen evolucionar esa relativamente mayor cultura que la conquista española encontró en América, me inclinaré yo siempre á creer que aún ese pequeño adelanto en la evolución humana, que enuncia bajo el nombre de edad de bronce ó sea del cobre, tuvo que entrar de afuera, porque es más fácil en mi concepto desarrollar toda la ciencia moderna después de haber descubierto la metalurgia del cobre que inventar y reproducir en este metal ó sus aleaciones, las armas y demás objetos de la edad de piedra. Sucesivas migraciones é inmigraciones han de haberse producido ante el transcurso de largos milenios, y de ellos provienen esos mestizajes y sus consiguientes atavismos, esa variedad de tipos que tanto confunden á los etnógrafos de la raza americana.

Por todo esto insisto en lo que ya he dicho que en el suelo americano se encontraron en lucha el hombre de la edad de piedra con el de los metales, y es ajustado á lo que podría esperarse siendo aquel el hombre del Atlántico y éste el hombre del Pacífico.

Más adelante Keane establece que los mismos rasgos físicos del hombre americano, en tésis general, si bien no en todos sus detalles, apuntan en dirección á dos corrientes inmigratorias procedentes del viejo mundo y los particulariza de la manera siguiente: «Que cons-

tan de dos sub variedades bien marcadas, representadas respectivamente en el Norte por los *esquimales* de cabeza larga, (dolicocefalos), y en el Sud por los Botocudos de cabeza larga; y por los *andinos* de cabeza redonda».

A los Esquimales y Botocudos los deriva del hombre *paleolítico* con cabeza larga de Europa (siguiendo á Topinard y á G. de Mortillet: Formation de la Nation française de 1897) y los introduce por via de las Islas Faroe, Islandia y Groenlandia. La segunda ola inmigratoria, que supone haya sido muy superior en número á la primera, quiere que haya entrado más tarde (en la edad neolítica) por el lado del Asia Oriental, via del Estrecho de Bering ella persiste hasta el día de hoy á travez de una mestización sin limites. No reconoce inmigraciones posteriores del lado del Atlántico, por haber desaparecido el puente geográfico que les habia servido para el paso; y por el lado del Pacífico; porque no consta el contacto de razas desde la época de los primeros tiempos históricos, es decir, cuando quedaron ya especializadas las naciones de tipo asiático, africano ó australiano.

Esta prueba negativa como la llama Keane, descanza en la hipótesis de un periodo más ó menos corto de la edad del cobre ó del bronce, porque muy posible es que en el oriente del hemisferio Oriental, haya precedido por siglos y milenios al buque de vela, á la lámpara, al trigo y al arroz, etc. La distribución de la superficie del mundo nuestro en tierra y en agua, puede haber sufrido modificaciones tales, que en la época del cobre y bronce, una parte terrestre del Pacífico haya quedado más lejos del continente asiático y más cerca del continente americano, de suerte que haya podido comunicar á éste, el todo ó parte de sus conocimientos metalúrgicos, iniciando así el desarrollo de esa cultura que encontraron los españoles desde Méjico hasta el Perú, en casi toda la parte andina.

En resúmen, nuestro autor clasifica al hombre americano como que consta de dos elementos étnicos: el uno proto-europeo, propio de la primitiva edad de piedra, tipo caucásico, primitivo un tanto general; y el otro proto-asiático, tipo mongolo americano, también primitivo y algo general: uno y otro con muchos rasgos que

conservan y son propios del antecesor común, ó sea el hombre cuaternario (pleistoceno). Con razón dice Keane, unos quieren que el hombre americano sea mongólico, otros lo niegan; mientras que otros con Ehrenreich, se se declaran porque son sui-generis, autóctonos; ni más ni menos que una raza por separado entre todas las demás de la tierra, sin que en el peor de los casos se diferencien más de los europeos que de los asiáticos. Al decir de Ehrenreich si la raza caucásica es una, no hay por qué no lo sea la americana también, siendo como es mucho más uniforme que la caucásica que encierra los estirpes *arianas*, *semiticas* y *camíticas*, esto es, desde lo más blanco hasta lo más negro, desde lo más dólico, hasta lo más braquicéfalo.

Una cosa admitia Ehrenreich; y es hacer presente que esas diferencias físicas que él cuenta en la raza caucásica resultan de mestizajes *à outrance* entre todas las razas del Viejo Mundo.

Desde el momento en que se separó para siempre de su medio la América, siempre que ello no sea entre esos dos elementos indígenas, el dólico y branquicéfalo, tantas veces invocados, parece no haber tenido contacto alguno con los demás del Viejo Mundo. Adviértase que un elemento civilizador, un apóstol cultural, pudo entrar sin que su aparición modificase sensiblemente el tipo racial.

Como se dijo ya, las lenguas de la Edad de Piedra que hablaron los emigrantes de Europa que se cree hayan entrado por ese lado á nuestro Continente, no se hablan ya en el país de procedencia, así es que carceemos de uno de los mejores elementos para instituir comparaciones entre los dos hemisferios.

Veo que Keane y otros fundan argumentos sobre semejanzas y desemejanzas apoyándose en observaciones insuficientes practicadas en nuestro Continente. Por ejemplo, Ehrenreich dice que: «á pesar de diferencias etno-lingüísticas, las tribus (naciones) que rodean los nacimientos de los rios Xingú, se parecen en todos sus usos y costumbres, en su modo de vivir y en su cultura general». Keane hace notar que como propias de estas figuran tres de las lenguas madres del Brasil la

de unos (los Bakairi y Nahugua) que es la *Caribe*, la de otros (de Amtos y Ramayuras) que es la *Guarani-Tupi*; y la de unos terceros (de Mhiuakus y Vauras) que es la de la familia Aruaca.

Indudablemente las 3 nombradas son lenguas madres, pero mis estudios lingüísticos me enseñan que siendo la lengua mujeril de los Caribes un idioma de tipo Aruaco, como lo han comprobado el doctor Lucien Adam, en un tratado sobre esta especialidad en él habla de los tales Caribes, se comprende que existe entre estos indios y los Aruacos una confusión tal que todo se explica si hallamos entre ellos, lo que el P. Techo menciona à propósito del indios de Chaco, que «más se diferenciaban por sus lenguas que por sus usos y costumbres».

Ahora en cuanto à los *guaranis-tupis*, creo haber descubierto que algo de Tipo Aruaco campea en su gramática, es decir, en su articulación del número plural, justamente en las personas en que es admisible la forma mujeril entre idiomas que afectan esta diferenciación sexual en su modo de hablar.

Con los indios hay que estar siempre sobre aviso; muchos de ellos son bilingües y más aún, cosa que hay que tener en cuenta en las generalizaciones para no caer en error. El doctor Brinton incurrió en la falta de clasificar à los Quiniquinao, indios de origen Chanè, como de estirpe Caduvea, es decir Guaicurú; porque como compañeros de estos hablaban el caduveo fuera del idioma propio de ellos, como lo hizo notar el malogrado viajero Guido Boggiani.

Esta cuestión de lenguas es muy importante, porque las más de las veces es la piedra de toque que resuelve los problemas etnológicos,

Ya se ha visto que habiéndose perdido como suponemos las lenguas habladas por los de la edad de piedra de la región atlántica, y no constando parentesco con las de tipo semejante entre los idiomas del Pacífico, nos queda otro punto que esclarecer, el de saber si las dos corrientes inmigratorias, la dolicocefalo y la braquicefalo están representadas por algo análogo en sus grandes familias de lenguas madres que se hablaban ó se

hablan en nuestro hemisferio. Los estudios practicados hasta la fecha no nos autorizan aún á separar el gran conjunto de idiomas en dos tipos bien definidos. En la lingüística como en la Arqueología en gsneral tanto ha desaparecido que ni podremos restaurar las cadenas ni sin ellas hacer estudios comparados.

Las muchas y variadas lenguas que encontraron los primeros conquistadores en lugares propios para el arrinconamiento de naciones vencidas, nos explican cómo el fenómeno pudo producirse una y muchas veces, y cada vez con extinción de unos y desnaturalización de otros: cada incorporación de una tribu en otra, cada choque de una nación con otra, produce revoluciones étnico-lingüísticas, que dejan grandes vacíos en la historia de la evolución étnica de cada lugar. Resulta pues, de todo esto, que el origen y evolución de la raza americana, es un problema cuya solución apenas se ha bosquejado. — Así como en las Ciencias Naturales los erúditos en la materia se contentan con dejar en el vacío lo que media entre la primera causa cosmogónica, y ese protoplasma de donde arranca la evolución, así también noeotros tendremos que contentarnos con reconocer que aún está en el vacío el eslabón que une al hombre americano, como él se nos dibuja por la Antropología y Etnología Moderna en su cuna, y como él se nos presenta en la época Colombina.

Partiendo Keane, como tantos otros, del Monogenismo, con toda lógica se declara porqué el hombre americano pudo proceder del proto-caucásico y proto-mongólico, es decir, que se le atribuye una descendencia asiático-europea, pero en tal forma que vino á formar la raza americana tal y como se formaron la raza caucásica y la mongólica, cada cuai con las divergencias respectivas, que la constituyen en raza aparte.

De esta conclusión parte el corolario, que habiendo empezado la raza americana con la historia de su existencia en la Edad de Piedra, en la evolución de su cultura, nada le debe á elementos introducidos del extranjero «sea cual fuere el grado de civilización al que pueda al fin haber alcanzado, sea cual fuere la preeminencia que en México, Yucatan y el Perú, ú otro centro

igualmente adelantado se hubiesen conquistado, las artes, industrias, ciencias ó letras, forzosamente debió nacer todo ello de la evolución local, independiente, sin deberle nada, absolutamente nada, á influencias de afuera».

Bien terminante es todo esto y refleja la doctrina de Brinton — América del americano — en materia etnológica como en la política, comercial y demás.

Para mí esto es demasiado absoluto. La prueba negativa en que se funda, hace caso omiso de tanto que se ha perdido en el cataclismo que sobrevino con la conquista española: la codicia por lo que respecta al valor intrínseco de los metales y el fanatismo religioso en cuanto á sus formas y manifestaciones nos ha privado de muchas pruebas: lo que queda ha eido insuficientemente explorado y recién empieza á hacerse por América lo que hace casi un siglo se hace por Egipto y los demás países del Viejo Mundo, con respecto á sus culturas perdidas y olvidadas en los desiertos, que alguna vez fueron florecientes imperios. Y por último no se ha probado que en las primeras épocas del cobre y del bronce se conocían ya esos adelantos y esas materias— cereales y demás que Keane reclama para limitar los contactos de la América con sus vecinos de levante y poniente en las Edades de la Piedra.

Las exageraciones en la duración de las edades ó épocas ya en sí son razón suficiente para que nos abstengamos de muchas de las generalizaciones negativas y positivas que hoy son corrientes.

En el Viejo Mundo vemos que las civilizaciones históricas se tocan prácticamente, sin solución de continuidad y que todas se hallan casi rodeadas por una orla de barbarie más ó menos pronunciada y en relación directa con la proximidad al núcleo cultural. — En la época de los descubrimientos (siglo XV y XVI) todo el Oriente de Asia, región civilizada desde miles de años se hallaba frente á la zona donde en América también gozaba de su cultura algo más que relativa. — A los otros tres vientos se extendían naciones en un estado de barbarie primitiva, muy semejante á la que se atribuye á los hombres de la Edad de Piedra en las costas Euro-Africanas.